

Tres recuerdos de Natasha

Recuerdo primero

Cuando todavía era un niño enamoradizo, me entregué —como a tantas otras cosas que la gente gustaba de llamar «pérdidas de tiempo»— a la lectura de Matsuo Bashō y Kobayashi Issa. Parece mentira, pero aquella tarde había recordado el dulce haiku que promete la incipiente del amor:

Under the cherry blossoms
strangers are not
really strangers.

Aunque el calor era insoportable y el día era clarísimo, quienes conocíamos el inclemente clima de esta región del mundo sabíamos que se avecinaba una tormenta tropical. Estábamos reunidos en un antiguo patio donde la gente de la ciudad se amontona a escuchar música bajo la amorosa sombra de los mangos y los urunday, meciendo nuestros sentimientos al son de unas canciones con un dejo folklórico y feliz, como se mece a un niño febril que quiere llevarse a las serenas regiones del sueño.

Lentamente los tintes carmesíes del arrebol fueron invadidos por una oscuridad de plata. Los cuerpos, los cuerpos de las gentes y las cosas, aparecían ante mí como fantasmas nativos de un mundo mágico y perfecto. Una profunda soledad invadió mi corazón, tal vez porque la música se había vuelto melancólica, tal vez porque en mis puños cerrados todavía me aferraba a un puñado de ceniza y la sentía escaparse de mis manos lentamente, como el polvo fino de un reloj de arena pasa de una parte a otra. «Así me escondo en este mundo»—pensé—«con esta arena, con este recuerdo apretado entre mis manos».

Salí a sentarme solo en un banco de madera, cerca de un árbol de naranjos, con el alma oprimida por la añoranza de una mujer que ha muerto, del deseo de verla

bailar en la hojarasca con aquellas personas que no la conocieron, del ansia de volver a sentir sus manos y su voz llamándome, pero esta vez sin lágrimas ni pena. ¿Qué puede doler más que el pensamiento desesperado de querer hundir los labios en la tierra para llamar un nombre que, día a día, es recordado por menos y menos personas? Lentamente, como un yaguareté que acecha en los juncales, la tormenta iba anunciándose en la voz del viento.

Sentí aproximarse, más que un cuerpo, una mirada—una que algunos días después, en otro patio nocturno, llamaría una «mirada de cinco siglos»—. No sé cómo pero supo recordarme que había otro mundo dentro, un mundo de personas vivas que bailaban vivamente, besándose los labios o tocándose las manos, amándose en secreto aunque fuera por sólo unos instantes, bajo el influjo de una música a la vez citadina y de interior. Aquellos ojos negros eran ojos vivos y, en cierto modo, me llamaron al mundo de los vivos. Y entonces abandoné mi pensamiento, abandoné a mi amada muerta, y mirando a la muchacha que ya se levantaba de mi lado pensé:

Bajo el árbol de naranjos
los extraños no son
verdaderamente extraños

Poco después la tormenta desató su furia, como una bendición, sobre nosotros.

Recuerdo segundo

Bajo las tenues y pequeñas luces que colgaban sobre el aire nocturno del patio, su rostro dejaba traslucir los vestigios guaraníticos, africanos y europeos que conjugaban en él una hermosura sin nombre. El piso de ladrillo era cercado por estrechas franjas de tierra fértil, alfombrada de perladas piedrecitas blancas, desde las cuales decenas de plantas tropicales conjuraban una especie secreta de encanto similar al de sus ojos negros. En efecto, había en aquellos ojos todo lo que en América creemos —o fingimos creer— haber enterrado, otorgándole lo que alguien describió correctamente como una «mirada de cinco siglos». Sentada en silencio, descalza y con un cigarrillo en la mano, la salvaje hojarasca de un jazmín brasilerio abierta a poca distancia de su oscuro cabello, como infinitos dedos que sueñan dar sonido a un instrumento delicioso y primitivo, ella también se preguntaba quiénes fueron los hombres, los infinitos hombres, que la habían llevado allí. Ella no lo sospechaba, pero ella era —como todas las cosas— apenas algo más que un eco. Y yo la contemplaba con el silencio respetuoso de los que invaden un cementerio, disimulando mi distante asombro, aunque todo en mí sintiera que una reverberancia de voces milenarias iba aflorar, en cualquier momento, desde sus labios.

—¿Qué hace?—me pregunté, temiendo que lograra desnudar mi corazón, y una voz interior me dijo «está esperando». Sus pies descalzos se unieron el uno al otro como dos trenzas juveniles; sus dedos se entrelazaron y recorrieron su cuerpo como enredaderas silvestres; el patio se deshizo y dio lugar a una hierba milenaria, inundando mis sentidos cruel o tiernamente. Nada quedó a mi alrededor. Solo y confundido, miré la hermosa flor que había nacido ante mí, que ya no me increpaba con cinco siglos de mirada. Y repetí en silencio: «está esperando».

Recuerdo último

Aunque lentamente, las nubes de la tormenta ya empezaban a disiparse en el cielo gris que plateaba las aguas del Paraná. Durante los primeros minutos de conversación, como es usual en estas ocasiones, mis palabras zozobraban un poco y me sentía levemente vulnerable. Con toda certeza, ella sabía la verdad de mi corazón, y lo tenía ante sí desnudo y sin tinieblas que escondieran sus secretos. Sentí que la fuerza del río, como un lazo espiritual, nos unía misteriosamente. Es posible que fuéramos peces en un acuario íntimo y secreto, o juncos que arriman sus cabezas o enlazan sus raíces en el lecho del río, o las dos torres de un frágil castillo de arena. Sus ojos me parecían otra vez estar pletóricos de tiempo, llenos de siglos, eras y estaciones. Su rostro pérxico, perfilado sobre las aguas argentadas del río, era alumbrado por la poca luz pálida que rompía las densas nubes de la tormenta menguante.

Hablamos de los dos milenios de Roma, de cierta anécdota divertida que recuerdo de mi estadía en Cuba, de mis viajes a la India y sus viajes a Europa, de Twin Peaks, de la trama de una novela de Conrad, y del minimalismo de las letras en las canciones que había escrito en su álbum. Una pinta de cerveza acompañó estas digresiones, y un observador incauto tal vez se apresuraría a decir que mi incipiente estado de ebriedad era la explicación de mi adquirido desenvolvimiento, de mi relajación, de que mis palabras no zozobraran más sino expresaran, con el distendido auxilio de mis manos, la alegría que se gestaba en mi interior. Pero esto sería equivocado. Toda mi paulatina calma era abrigada por una sola causa: la creciente sospecha de que no estaba solo, de que ella sentía, si no lo mismo que yo, algo parecido; sospecha que era apenas algo más que una esperanza, pero que se encendía más y más gracias a al nosequé que ardía en su mirada.

En este tipo de circunstancias, suele suceder que el mundo exterior parece emular nuestro fuero interno. Tal vez por eso, a medida que la angustia que se había formado en mí, pensándome perdido, se trastocaba en esperanza, las nubes densas se disipaban más y más, llenando el horizonte de rayos carmesíes que penetraban la superficie del río como dagas celestiales. Yo estaba de espaldas a la puesta del sol, de manera que contemplaba el arrebol del horizonte derramándose no en el agua, sino en la piel oscura de su exótico rostro. Comprendí, al ver sus ojos teñidos de un púrpura exquisito, que el horizonte gris a mis espaldas se había convertido ya en un mundo de celajes ardientes. El arrebol intenso de mi tierra se diluía sobre aquellos ojos antiguos, como tinta escarlata echada en el agua de un estanque japonés, causando en mí una suerte de asombro primitivo.

Muy pronto el agua se oscureció y la crueldad de la noche se alzó sobre nosotros como un vengativo hechizo guaraní. Solo entonces comprendimos, con claridad

total, lo que ocurría. Después de besarla sentí en mis labios un sabor extraño y desconocido. Era el sabor que sentiría un hombre si besara la cara oscura de la luna. Estuvimos quietos un momento, un instante en que sólo el agua continuó su curso milenario. Parecíamos estatuas inmóviles en esta región del mundo llena de huellas ocultas. Me pregunté si aquel beso también dejaría una huella en las arenas, o una marca singular en el río, como una moneda de plata que, arrojada en él, brillara secreta y milenariamente en su profundidad. Pero no abrigué esperanza: era posible que mañana todo se desvaneciera, que la moneda de plata se hundiera en el lecho fangoso, o fuera tragada por el pez más viejo del río.

Fuimos —ahora lo comprendo— lo que tantos otros han sido: fantasmas aparecidos e idos en el curso de unas horas, de modo tal que nadie, ni siquiera nosotros, ha de saber con certeza sin en verdad estuvimos allí, o si no seguimos allí ahora mismo, como dos espectros, en el atardecer eterno de un sol que nunca acaba de ponerse. La moneda de plata, recién arrojada al río, todavía se hunde y no ha tocado el fondo lúgubre. Es imposible decir si brillará como una estrella subfluvial, o sucumbirá en un fondo lleno de peces primitivos y recuerdos que, siniestramente, yacen sepultados.

Epílogo: Dos poemas

I

Three riverine cats were witness, nothing more,
of our obscure affair. The river still
repeats the words we whispered on the shore,
without a doubt against the river's will.
I hear the wicked waters ask: —What for?
Why did those feet offend the coast? To kill?
To perjure and corrupt? Or to restore
something we took and offered to the nil...
Only the waters know that day I learned
that afterglows could wane in human eyes
like purple ink that's bleeding in a pond.
Only the waters now remain concerned,
while we try to forget or to disguise.
Only the water speaks—we won't respond.

II

Desde un oriente yermo la tarde se derrama
sobre la anciana orilla de un agua que delira
con ser la viva sangre de un Cristo que nos llama
con algo de tristeza y con algo de mentira...!

El agua enrojecida, nocturna, te proclama.
(Yo quise, vida, verte tal como Dios te mira:
llena de luz y sombra, como una diurna trama
tejida con los hilos de una luna que expira.)

Recuerdo la asombrosa navaja de tu aliento,
que destejió las hebras de mi carne florida
cuando sentí en tu boca la muerte de una estrella.

El río, antigua lágrima de Cristo, con el viento
se lleva esas memorias, y en ellas nuestra vida,
fundiéndose en la sombra distante de tu huella.